

de la ciudad en piedra y al resto de la naturaleza también: no había flores, ni árboles, ni la pequeña cascada sonreía juguetona. Para que todo volviera a la normalidad había que recuperar la pequeña estatuilla que Gárgola guardaba celosamente en la única torre del castillo en ruinas donde vivía. Era imposible acceder a las ruinas, ya que la mirada fulminante de Gárgola convertía a las personas en piedra.

Luna percibió la incredulidad de Íñigo ante la situación que tenían que resolver. Sí, pertenecía a la fantasía, pero él tenía el poder de las letras, de crear un final para esta aventura. Ella le dedicó una sonrisa y le acarició la mejilla con tanta ternura que enamoró su corazón. Y rozaron sus labios y un beso se hizo vivo entre los dos. Entonces fue cuando Íñigo vio el medallón dorado que colgaba del cuello de Luna y tuvo una idea.

Se acercaron lo máximo posible a las ruinas y cuando los rayos de sol coincidieron con el colgante dorado, este emitió unos destellos que Gárgola no pasó desapercibidos. Luna movía el colgante de tal manera que Gárgola tuvo que salir del castillo permitiendo así que Íñigo pudiera subir a la torre y coger la estatuilla. En un momento Luna movió el colgante y los destellos coincidieron con la mirada de Gárgola, provocando así la total ceguera de su pétrea mirada. Pero Luna se acercó demasiado a Gárgola y esta, desorientada, la alcanzó con un zarpazo y la hirió.

-----

Íñigo había recuperado la estatuilla y ambos la devolvieron a la cueva de donde nunca debió salir, pero Luna cayó al suelo vencida por la herida mortal e Íñigo la abrazó desesperado. Ella, le susurró: “No, mi valiente caballero, deja marchitar mi vida y vuela peregrino de mis sueños, vuela, que en algún lugar nos encontraremos”. Y como si la invadiera una gran felicidad esbozó una sonrisa y su cuerpo quedó sin vida.

Un gran precipicio se cernió bajo los pies de Íñigo y en un momento todo fue una aleación de dolor y dolor. Cogió el cuerpo sin vida de Luna y salió de la cueva con lágrimas en los ojos y a cada paso que daba todo volvía a la normalidad: la hierba cubría sus pies, las risas de los niños se escuchaban a lo lejos y los cerezos en flor despedían a Luna.

Un sonido electrónico martilleó su oído. Abrió los ojos agitado y se dio de bruces con el teclado del ordenador. Se había quedado dormido. ¿Todo había sido un sueño? No quería despertar, quería estar con Luna. Luna, ¡oh Luna...! Sin querer ella había encontrado el final para su novela.

...y los cerezos en flor despedían a Luna.

-----

En esta ocasión no pensaba llegar tarde. Se celebraba la firma de los libros en la editorial. Su editor estaba loco de contento por el éxito obtenido con la novela e Íñigo no paraba de firmar libros. Alguien le ofrecía un libro para que se lo dedicase y él, levantó la mirada mientras preguntaba: ¿Cuál es su nombre, señorita?

—Luna.

**Beatriz O. Cabrera**